LA ARQUEOLOGIA EN ESPAÑA: UNA REVISION CRITICA DE SUS PLANTEAMIENTOS TEORICOS

POR

JOSE ALCINA FRANCH (*)

RESUMEN En este ensayo, el autor, partiendo de los presupuestos de la arqueología americanista, explícitamente antropológica, traza un bosquejo crítico del desarrollo del debate teórico promovido en España durante los últimos veinte años, por los más inquietos arqueólogos españoles quienes tratan de renovar aquellos planteamientos teóricos como punto de partida para renovar la Arqueología en su conjunto. Se presta una especial atención a los problemas de arqueología vs. prehistoria; arqueología como antropología o como historia; *normativismo* e historicismo o particularismo; materialismo cultural vs. materialismo dialéctico; arqueologías post-modernas, etc.

ABSTRACT In this article, based on the explicitly anthropological assumptions of American archaeology, the author outlines a critical sketch of the development of theoretical debate in Spain during the last twenty years. This debate was started by the more concerned Spanish archaeologists who tried to rethink their theoretical positions as a starting point for reorganising archaeology as a whole. They devoted special attention to such problems as: archaeology vs. prehistory; archaeology as anthropology or history; normativism and historicism or particularism; cultural materialism vs. dialectical materialism; post-modern archaeology, etc.

Palabras clave Teoría arqueológica. Antropología. Arqueología. Prehistoria. Normativismo. Epistemología. Materialismo cultural. Materialismo histórico. Post-procesualismo.

Key words Archaeological theory. Anthropology. Archaeology Prehistory. Normativism. Epistemology. Cultural Materialism. Historical Materialism. Post-processualism.

En la Primera Reunión de Antropólogos Españoles, celebrada en la Universidad de Sevilla, en febrero de 1973, presenté una ponencia titulada «La Arqueología antropológica en España: situación actual y perspectivas» (Alcina, 1975a y 1975b: 65-85), en la que se hacía una dura crítica del desarrollo de la arqueología española durante las tres décadas subsiguientes a la Guerra Civil, se

(*) Universidad Complutense. Madrid.

planteaban brevemente las nuevas orientaciones de la arqueología a la que siempre calificué de «antropológica» para incluir no solamente a la *Nueva Arqueología*, sino a otras tendencias anteriores y, finalmente, daba cuenta de las actividades realizadas y los proyectos a desarrollar en el futuro en el campo de esa «arqueología antropológica». Algunas de esas actividades se habían realizado ya en el curso 1969-70 o en el siguiente; por eso, cuando se me ha pedido que escribiese sobre los desarrollos teóricos de la Arqueología española en los últimos años, mi vistazo se remonta a dos décadas casi exactamente (1).

La bibliografía que voy a utilizar en este ensayo no es, no podría ser exhaustiva. Me he servido para seleccionar la que utilizo, del libro, ciertamente excepcional, de M.^a Isabel Martínez Navarrete (1989), en el que se hace un estudio detallado del impacto de las más recientes corrientes teóricas norteamericanas y británicas en el ámbito español. Si esta bibliografía es ya amplia en el terreno de lo estrictamente teórico, debe ser mucho mayor en las aplicaciones concretas, a las que he renunciado analizar desde el principio. Tras este ensayo y siempre teniendo como referente mi ponencia de 1973 habría que hacer un examen igualmente crítico de lo que se ha hecho en el terreno de lo que he llamado «arqueología antropológica» en el campo concreto del americanismo español, en los últimos veinte años, desde los estudios sobre *patrones de asentamiento* en Esmeraldas (Ecuador) de Mercedes Guinea (1975) hasta los análisis locacionales de Jesús Adanez (1985). No renuncio a hacer ese análisis en los próximos años, aunque por el momento esta idea quede relegada al cajón de los proyectos.

Antes de entrar en materia debo hacer algunas advertencias y clarificaciones que permitan evaluar convenientemente las páginas que siguen. La primera observación que quiero hacer es la de que este ensayo no debe entenderse nunca como un «juicio» sobre la arqueología española de las dos últimas décadas, sino más bien como una serie de reflexiones en torno al debate teórico abierto en el seno de las generaciones más jóvenes e inquietas del campo profesional en España. Como hace muy poco tiempo apareció, finalmente, un libro en el que trato ampliamente de cuestiones teóricas en Arqueología (Alcina, 1989), muchos conceptos y problemas que difícilmente podrían sintetizarse aquí, me remitiré con frecuencia a ese texto (2).

La segunda observación se refiere a un hecho, absurdo y lamentable, sobre el que he llamado la atención en otras ocasiones, pero que sigue pesando extraordinariamente y haciendo muy difícil cualquier tipo de discusión. Me refiero a la profunda separación entre arqueología americana y arqueología del Viejo Mundo. Para los arqueólogos americanistas podrá haber sido más fácil, como apunta Martínez Navarrete (1989: 71), participar en la renovación teórica de la Arqueología, por su relación con los profesionales y las instituciones en que tal renovación se estaba realizando, pero no es menos cierto que, al no participar de la tradición europea, muchos de los planteamientos primarios, incluso de las generaciones más jóvenes me resultan, en la práctica, incomprensibles.

Otro posible «prejuicio» del que me quiero excusar desde ahora, es el de escribir desde la orilla de la antropología: la arqueología americana ha sido desde sus orígenes una arqueología antropológica, muy diferente de la arqueología clásica (Alcina, 1988: 71-91), pero desde la crisis de los años 40 ese carácter antropológico se hace explícito; de otra parte, aunque mi formación «académica» fue histórica, pasé muy pronto, en mis estudios postdoctorales en París y México, al campo de la Antropología.

A las consideraciones intelectuales anteriores, hay que añadir otras características metodológicas: los estudios organizados a partir de *proyectos de investigación*, con múltiples participantes, ha sido una experiencia personal desde los primeros años sesenta, en Sevilla, como práctica docente de integración, discusión y concentración en temas comunes teórico-metodológicos y el paso a las

(1) Agradezco muy especialmente la ayuda que me han prestado para la realización de este ensayo, M.^a Isabel Martínez Navarrete y Juan Manuel Vicent García, del Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del CSIC (Madrid).

(2) El texto que apareció el año 1989 es, en realidad, la forma escrita de un curso de introducción a la arqueología que he dictado en la Universidad Complutense sin interrupción desde 1971 a 1987. En 1975 escribí una primera versión de ese libro que posteriormente ha sufrido modificaciones y ampliaciones.

investigaciones interdisciplinarias o, al menos, multidisciplinarias ha constituido un caballo de batalla en los años setenta y aun en la actualidad (Alcina, 1989: 201).

Aún habría que añadir que, desde hace bastantes años, me muevo en el terreno del evolucionismo y en lo que podríamos llamar en términos generales, el «materialismo cultural», aunque no renuncio circunstancialmente a utilizar otros recursos teóricos. En mis estudios más recientes sobre las «jefaturas» en América Latina utilizo con frecuencia datos provenientes de la Etnohistoria, combinándolos con los más estrictamente arqueológicos; pero en mis investigaciones sobre arte y religión en el mundo azteca, el análisis del lenguaje simbólico constituye el núcleo fundamental de la interpretación, al tiempo que los datos provienen por igual de la arqueología, la etnohistoria y la etnografía.

Por último, debo confesar un creciente eclecticismo al considerar el valor de algunas o muchas de las «arqueologías» que pueblan el panorama post-moderno de los últimos años: ello no impide que tenga mis preferencias en este momento o que para desarrollar las investigaciones que llevo a cabo en la actualidad, no prefiera unos enfoques o teorías a otros.

ANTROPOLOGIA

Varios pasajes de los artículos y libros a los que me voy a referir en las páginas siguientes (por ejemplo: Cerrillo, 1984: 43, o Hernando, 1988: 49), en los que se aprecia una clara indefinición u opiniones erráticas acerca de *Antropología* y lo *antropológico*, me obligan a plantear como una cuestión previa, la que se refiere a la definición de este campo científico y de las disciplinas que se integran en él. La confusión reinante en este campo no afecta exclusivamente a los autores que mencionaré; también es relativamente común leer expresiones igualmente confusas de antropólogos españoles y aún de algunos norteamericanos y británicos. La confusión en cuestión deriva por una parte del hecho de que el término *antropología* se aplica al campo general, al de la antropología cultural que es un sub-campo y en ocasiones equivale a *etnología* y, por otra parte, al hecho de que para algunos autores, la arqueología no forma parte de la antropología cultural, pero sí de la Antropología, en general. A ello habría que añadir el confusionismo creado por la utilización —hasta fechas recientes— del término *Antropología social* como algo diferente de la *Antropología Cultural*.

El tema lo he tratado con una cierta amplitud en un ensayo que titulé «La Antropología y sus métodos» (Alcina, 1975b: 21-40) porque es evidente que muchas corrientes o planteamientos teóricos utilizan el término de antropología para adjetivarlo convenientemente, así el de *antropología estructural* o *antropología cognitiva*, etc. En el Gráfico 1 de aquel artículo (*Ibidem*: 25) se aprecia claramente cómo la *Antropología* en general, forma parte, a su vez, de otros tres campos: las Ciencias Sociales, las Humanidades y las Ciencias Biológicas, lo que explicaría también algunos conceptos ambiguos o confusos en este nivel de la clasificación de las ciencias antropológicas.

Para lo que nos interesa en este ensayo el esquema que explica mejor mi punto de vista sobre la cuestión es el representado en el Gráfico 9 de aquel artículo (Alcina, 1975b: 39). «En nuestra opinión —decíamos entonces— la Antropología es una ciencia unitaria, con dos vertientes claramente diferenciadas, pero estrechamente relacionadas: la Antropología biológica y la Antropología cultural (la cual) se desenvuelve a través de cuatro disciplinas, subcampos o métodos distintos, todos los cuales tienen por objeto común el estudio de la cultura de las sociedades humanas del pasado o del presente. La Arqueología y la Etnohistoria estudian las sociedades del pasado, mientras la Etnología hace otro tanto con las sociedades —primitivas o complejas— del presente y finalmente, la Lingüística como ciencia del sistema cultural más específico de las sociedades humanas: el lenguaje» (*Ibidem* 39-40).

En un ensayo más reciente (Alcina, 1984: 57), al incluir, como un campo nuevo dentro de la Antropología al *Folklore* y su equivalente en el análisis diacrónico, la *Folkhistoria*, quedan muy claramente separados los dos análisis: sincrónico y diacrónico. De ahí que la afirmación tan repetida

de «la arqueología es antropología o no es nada», derivada de la más localista de Willey y Phillips (1958: 2): «la arqueología americana es antropología o no es nada», aun poniendo un énfasis especial en la «cientificidad» de la Antropología (Alcina, 1989: 64-65) no descarta el hecho de que la arqueología siempre se refiere a culturas y sociedades del pasado y, por lo tanto, representa un análisis diacrónico de la cultura. Por eso, la afirmación de Martínez Navarrete (1989: 42) de que «la naturaleza de la Prehistoria no puede centrarse en torno a una supuesta disyuntiva entre su configuración como ciencia histórica o antropológica» es absolutamente acertada, aunque personalmente no esté tan de acuerdo con la explicación dada por Trigger (1978: 3 y 93)

LA RENOVACION TEORICA DE LA ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA: LOS AÑOS 70

Como reconoce una joven prehistoriadora española «la característica fundamental de la prehistoria española, a lo largo de su desarrollo, ha sido precisamente su lenta evolución» (Hernando, 1988: 49), debida a la carencia del marco teórico necesario. De ahí que la introducción de esta renovación teórica haya tropezado con una resistencia muy importante por parte de una «arqueología tradicional» cuyos representantes más preclaros se oponían a la «defenestración» que en otros ámbitos internacionales ya se había producido tiempo atrás. No es extraño, por eso, que si examinamos en la breve muestra que manejamos nosotros para este ensayo, los años 70 sólo incluyen un 7,6 % del total de artículos y libros seleccionados; los cinco primeros años de los 80 comprenden el 35 % y sólo en los últimos seis años se ha publicado el 58,9 % del total de esos escritos. Se aprecia, pues, «que los arqueólogos españoles realizan un esfuerzo cada vez más intenso para el correcto estudio de los presupuestos teóricos que rigen su trabajo» (Chapa, 1988: 139), pese a lo cual la desproporción entre el desarrollo técnico de la arqueología española y sus recursos teóricos sigue siendo muy grande (Ruiz Rodríguez *et al.* 1986: 47).

Como han reconocido varios autores (Martín, 1984: 35 y Martínez Navarrete, 1989: 71 y 74-75) los primeros en llamar la atención sobre una necesaria renovación teórica en la Arqueología fuimos los arqueólogos del entonces recién creado Departamento de Antropología y Etnología de América de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (1968) al que personalmente me incorporé pocos meses después de su creación y en el que ya en el curso 1969-70 organicé un *Primer Seminario de Arqueología y Cooperación Científica* que se repetiría el curso siguiente y en el que personalmente dicté una conferencia de introducción titulada: «Alcance y perspectivas de la nueva arqueología». Ese mismo año dicté por primera vez el curso de *Introducción a la arqueología* que se ha publicado solamente hace poco más de un año (Alcina, 1989) y en los años 1971 y 1972 se publicaron los volúmenes 3 y 5 de la serie de *Cuadernos de Antropología Social y Etnología* dedicados a «Arqueología Teórica», en los que se tradujeron algunos de los más importantes artículos americanos y europeos de las dos décadas anteriores, fundamentales para entender los cambios de perspectiva en la Arqueología antropológica. El año 1973 presenté en la Primera Reunión de Antropólogos Españoles de Sevilla, la ponencia a la que me refería al principio de estas páginas (Alcina, 1975a y 1975b: 65-85) y al año siguiente Miguel Rivera publicaba su traducción del libro de Patty Jo Watson, Steven A. LeBlanc y Charles L. Redman (1974) editado originalmente en 1971 por la Columbia University Press.

En el campo editorial, generalmente más sensible a los cambios intelectuales que la propia Universidad, hay tres libros que dejaron una profunda huella: el de David L. Clarke de 1968: *Analytical Archaeology* que sólo se publicaría en castellano en 1984 de la segunda edición de 1978; la *Introducción* de Hole y Heizer se publicaría en 1977 partiendo de la primera edición inglesa de 1965, aunque la tercera notablemente ampliada y modificada se había publicado en 1973 y ese mismo año se publicaba la traducción de la *Introducción a la Prehistoria* de Irving Rouse (1973). En esos libros «se definen los fundamentos, métodos y fines de la disciplina con visiones globales y planteamientos teóricos explícitos prácticamente desconocidos hasta ese momento en la bibliografía

que se utilizaba habitualmente» (Chapa, 1988: 136). No tuvieron tanta suerte otros libros de Binford, del propio Clarke o de Renfrew, publicados originalmente entre 1968 y 1977 y nunca traducidos. Se sabe que «no llamaron la atención de ningún recensionista —aunque habría que averiguar si siquiera llegaron puntualmente a los centros de investigación españoles— a pesar del rápido impacto que tuvieron en toda la arqueología mundial que, de hecho, los ha convertido en los tres autores más citados a nivel internacional» (Ruiz Zapatero, 1987: 318).

Como he dicho más arriba, el desarrollo de la arqueología antropológica por parte de los americanistas españoles es amplia, pero quizás el último artículo de divulgación hecho por el grupo sea el de Rivera (1981). Sin embargo, habría que concluir, con Martínez Navarrete (1989: 76) diciendo que «hoy en día el equipo del Departamento de Antropología y Etnología de América que promovió la renovación disciplinas se ha disuelto».

La crítica a la arqueología española desde la Guerra Civil y la II Guerra Mundial ya la hice en 1973 y no voy a repetir aquí los argumentos de entonces. Ahora se ve con claridad que el historicismo dominante en la arqueología española obligaba a orientar la excavación a cumplir fines estratigráficos (Hernando, 1988: 52). «El enfoque en exceso historicista y difusionista que ha imperado hasta bien entrada la década de los sesenta en la universidad española, la sobrecarga analítica y tipologista han barrenado una salida lógica a esta crisis que en muchos casos sigue latente y sin resolverse» (Martín, 1988: 30).

Otra voz aislada en la mitad de los años setenta es la del francés J. M. J. Gran Aymerich (1975 y 1977) «que en sendas comunicaciones presentadas en el Congreso Nacional de Arqueología introdujo algunas novedades y reflexiones en base a los estudios de la cuenca fluvial de Vélez (Málaga). Entre sus razonamientos, incide en el nivel teórico de la arqueología, en la *sistematización* y en la *construcción de modelos*» (Martín, 1984: 35).

Por último, la figura singular de Carlos Alonso del Real que con un estilo absolutamente personal muestra en la nueva versión de un libro, igualmente singular, la *Nueva Sociología de la Prehistoria* lo que ha significado su magisterio en Santiago de Compostela y en Madrid (Alonso, 1977) incidiendo en numerosos problemas de interpretación y análisis de temas que interesan a los nuevos planteamientos de la Arqueología y entre los que cabría mencionar, entre otros muchos, los problemas de conservación de alimentos (pág. 97), de caza y recolección (pág. 107), de demografía prehistórica (págs. 121-36), etc.

LOS AÑOS OCHENTA

Desde el comienzo de los años ochenta «quedaba abierto un nuevo panorama que los jóvenes arqueólogos españoles seguían como convidados de piedra, a través de las revistas inglesas y norteamericanas, intuyendo que había que cambiar de orientación e iniciar una reflexión sobre los trabajos, el método y, especialmente, la finalidad de una excavación sin modelo teórico» (Martín, 1958: 43). La ocasión de iniciar esa necesaria e inevitable renovación se produciría en 1981, cuando la Subdirección General de Arqueología del Ministerio de Cultura y la Diputación de Soria organizan las *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria 1981* (Fernández-Miranda, et al. 1984), en las que, por primera vez se plantean problemas de tipo teórico y epistemológico a las que nos referiremos después. «En este sentido, la cantidad de comunicaciones está posiblemente más relacionada con el reconocimiento por parte de los prehistoriadores de las insuficiencias de su formación de cara a acometer un estudio epistemológico o, incluso, con el de su desconocimiento del tema, que con el rechazo del mismo» (Martínez Navarrete, 1989: 72).

La segunda reunión significativa e importante en el sentido de la renovación teórica de la Arqueología española es la que se produce en Teruel con el *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos* (septiembre de 1984) que, por otra parte constituye el inicio de una extensa serie de reuniones sobre *Arqueología, espacial*. Dos años más tarde se realiza en la Facultad de

Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, un coloquio sobre *Corrents teòrics en Arqueologia* (Anfruns-Dueñas-Llobet eds. 1988), en el que se abordan, entre otros, los temas del difusionismo (Rincón, 1988), la paleoeconomía (Ruiz Zapatero, 1988) y el marxismo en arqueología (Sanahuja, 1988). Aún dos años más tarde la *Revista de Occidente*, dedica su número 81 al tema de la Arqueología hoy, iniciado con un artículo de Fernández Miranda (1988) y entre cuyas colaboraciones habría que destacar los artículos de Rubio (1988), Chapa (1988), Martín (1988) y Gilman (1988).

Aunque son muchos los temas y problemas que se plantean en estas reuniones y libros colectivos y de ellos trataremos con algún detalle en las páginas siguientes, uno de los que reaparece constantemente es el de la vinculación de la arqueología a la antropología o a la historia (Cerrillo, 1988: 34-35). De otra parte la compleja figura de Vere Gordon Childe, viene a ser el «comodín» de numerosas tendencias en estos mismos años.

El hecho de que los jóvenes arqueólogos españoles más inquietos hayan llegado al *debate* internacional cuyo centro neurálgico ha sido, sin duda, la «nueva arqueología», con un retraso de aproximadamente diez años ha producido de un lado un déficit en los referentes pre-procesualistas, si bien ello es valorado positivamente por algunos autores como Gilman (1988: 61) quien aprecia «un nivel de lucidez muy superior al de la mayor parte de los que se adhieren a la nueva arqueología y al de los dirigentes de la nueva reacción que se le opone» (Martínez Navarrete, 1989: 73).

Personalmente no soy muy partidario del «encasillamiento» y la clasificación en tendencias de los arqueólogos españoles de la última generación; citaré, por eso, como más útiles, las de Martín de Guzmán (1988: 40-41) y Martínez Navarrete (1989: 73). La clasificación del primero, muy general y orientada principalmente, a las tendencias británicas, incluye tres corrientes: la del *materialismo cultural*, con Gordon Childe «retomado y adaptado en antropología cultural por Marvin Harris», el del *ecologismo cultural*, con Clark como antecedente en los años cincuenta y el *contextualismo cultural* representado por Piggott.

Martínez Navarrete propone cuatro alternativas a la crisis disciplinar: (1) enfoque de la «nueva arqueología» con un enfoque *cientifista* y otro de *arqueología económico-cultural y ambiental*; (2) el enfoque *epistemológico* o «de los fundamentos teórico-metodológicos de la Prehistoria desde la Filosofía de la Ciencia»; (3) el enfoque *estructuralista* de Martínez de Guzmán y (4) el enfoque del *materialismo histórico*, de los miembros de la Facultad de Humanidades de Jaén y de la Universidad Autónoma de Barcelona.

ARQUEOLOGIA Y PREHISTORIA

El primero de los problemas que más me sorprenden, es el terminológico de *arqueología* y/o *prehistoria*, que en el caso de los americanistas ni siquiera se plantea, aunque ocasionalmente, como vamos a ver, ciertas opiniones de arqueólogos americanos hayan influido en las interpretaciones de los europeos.

En las páginas siguientes daré, en primer lugar, mi opinión y definición de la ciencia arqueológica, para tratar de explicar a continuación el por qué de esa disyunción-oposición entre Prehistoria y Arqueología.

Yo diría que la *Arqueología* es la ciencia que estudia las sociedades y culturas del pasado, ya sea desde una perspectiva diacrónica, ya sea desde un punto de vista estructural-funcional, utilizando para ese estudio exclusivamente evidencias de carácter material. Si esa definición es correcta, su adscripción como ciencia antropológica englobada en el campo de las Ciencias Sociales es indudable. Otra cuestión es con qué otras *ciencias* tiene que colaborar para llegar a conclusiones concretas. De ahí que la arqueología durante el período Lítico o paleolítico, requerirá de la colaboración, entre otras, de la geología, la paleobotánica, la paleozoología, etc.; mientras que la arqueología en el período Clásico del Mediterráneo necesitará la colaboración de la filología grecolatina, la epigrafía,

etc. y asimismo la *arqueología medieval* buscará la colaboración de la paleografía y la historia y la *arqueología industrial* estará obligada a usar de la historia de la ciencia, etc.

El término de *Prehistoria*, como se ha dicho en repetidas ocasiones surge en Europa hacia 1825 y desde 1851 «hasta la actualidad, la prehistoria considerada como una mera fase de la historia, pasó a convertirse en ciencia diferenciada, caracterizada por sus fuentes especiales de información» (Estevez *et al.* 1984: 22). Si, efectivamente, consideramos que la Prehistoria corresponde al período del desarrollo de las sociedades humanas antes del uso de la escritura y por lo tanto, de la existencia de documentos, al aplicar ese criterio a América nos encontraríamos con que todas las culturas anteriores a la llegada de los españoles, salvo el último siglo en dos regiones concretas —México y Perú— deberían considerarse como prehistóricas. Cuando tal uso —o abuso— del término «Prehistoria» se ha hecho, han sido muchas las voces que se han alzado airadas protestando, porque en realidad, el nivel de desarrollo sociocultural de muchas de aquellas culturas, salvo en lo que se refiere a la escritura, es tan elevado y complejo, como el de muchas civilizaciones históricas del Viejo Mundo. Ello nos lleva a considerar que, implícitamente, el término de *Prehistoria* está implicando un desarrollo sociocultural por debajo de la Civilización y del Estado. Esa puede ser una razón entre otras varias para explicar por qué el nombre de *Prehistoria* no suele usarse en América, cuando es tan común en el Viejo Mundo (Martínez Navarrete, 1989: 4).

No voy a comentar siquiera las extravagantes disquisiciones de Irving Rouse (1973: 6-8) a propósito de Prehistoria y Arqueología, pero sí me voy a detener en los comentarios de A. Laming-Emperaire (1984: 13) para quien lo equívoco de la expresión *Prehistoria* no sólo viene dado por su doble carácter de período y de ciencia, sino que como ciencia «se observa que no tiene problemas ni métodos propios: sus problemas son los de la historia y sus métodos los de la arqueología».

Aún hay una última distinción entre *Prehistoria* y *Arqueología*, defendida principalmente por Vicent (1982, 1984 y 1985) a quien siguen Estévez y Hernando (Estévez *et al.* 1984 y Hernando, 1988) y que acaso tenga su origen en Dunnell (1977). Este último autor afirmaba sorprendentemente que una de las innovaciones de la «nueva arqueología» era que «nos ofrece una distinción muy importante entre trabajo de campo (*in situ*) con la prospección de yacimientos y estaciones y recogida de materiales en los mismos y el análisis de dichos materiales una vez recogidos», de lo que deduce que lo aconsejable es utilizar la voz *arqueología* «para las observaciones técnicas de recuperación *in situ* y se reserve la voz *prehistoria* para designar a la disciplina académica, que a fin de cuentas es la que nos concierne» (Dunnell, 1977: 9). Tal interpretación es, por lo que yo conozco, única en la bibliografía americana.

Vicent, que cita en alguna ocasión a Dunnell (Vicent, 1985: 66), se inclina por esa interpretación al decir que *Prehistoria* y *Arqueología* son «dos disciplinas independientes, si bien sumamente relacionadas que estudian el mismo objeto desde perspectivas diferentes y con finalidades diferentes y por lo tanto desde metodologías distintas» (Vicent, 1985: 62). La mejor expresión, sin embargo, es la que utiliza al afirmar que «la Arqueología desempeña con respecto a la Prehistoria el mismo papel que la Etnografía con respecto a la Antropología» (Vicent, 1982: 21). Esa es precisamente una comparación clásica en la bibliografía arqueológica norteamericana, cuya primera formulación hace Walter Taylor (1948: 153) siendo perfeccionada por Gordon R. Willey y Philip Phillips (1958: 4). En ambos casos se hace la comparación sobre la base de considerar tres niveles de elaboración científica (Alcina 1989: 63 y 65), es decir, los de: *observación*, *descripción* y *explicación*, para los que Willey y Phillips proponen los términos de: (1) *Trabajo de campo*; (2) *Integración histórico-cultural* (Etnografía); y (3) *Interpretación procesal* (Etnología). Personalmente he propuesto designar a los niveles descriptivo y explicativo con los términos de *Arqueografía* y *Arqueología antropológica* respectivamente (Alcina, 1975b: 164), pero en cualquier caso cada uno de los niveles de elaboración científica no representan, ni pueden representar, lógicamente, disciplinas diferentes. En el momento actual es claro que para la realización de cualquier estudio de tipo etnológico se requiere de la previa elaboración de una *etnografía* que proporcione la base para el estudio comparativo y explicativo que es la *Etnología*; de la misma manera, para cualquier estudio explicativo en Arqueología

se requiere de un estudio previo con una orientación *histórico-cultural*, como señalábamos en el caso de la arqueología de Esmeraldas en Ecuador (Alcina, 1979: 51-52).

Desde mi punto de vista, pues, hay una sola ciencia autónoma, la *Arqueología*, con teorías, métodos y técnicas que le son propias que investiga las sociedades y culturas del «pasado» en cualquier época —prehistórica o histórica— y utilizando recursos complementarios tan variados como los mencionados más arriba y que van de la paleobotánica a la historia de la ciencia.

LA ARQUEOLOGIA ANTE LA ANTROPOLOGIA Y LA HISTORIA

Al tratar de los niveles de elaboración científica, en el párrafo anterior, no mencioné el *nivel teórico*, tal como lo hacía en mi artículo, «Historia como Antropología» (Alcina, 1975b: 111-168). En ese artículo, al comparar los procesos de elaboración científica en *Arqueología*, *Antropología Cultural*, *Etnohistoria* e *Historia* remarcaba que en el nivel más elevado o abstracto, en el nivel teórico se situaba la Antropología que era al mismo tiempo el «campo» que abarcaba las disciplinas antes indicadas (Alcina, 1975b: 104) y el *corpus* de todas las teorías utilizables en alguna medida para el desarrollo de las ciencias en cuestión.

El esquema propuesto contiene numerosas implicaciones, cuyo comentario nos llevaría por derroteros sumamente complejos a los que sería imposible atender en profundidad en esta ocasión, pero a los que no quiero dejar de mencionar. El primero de ellos sería quizás, el de considerar que la Historia, al igual que la Etnohistoria, es decir el estudio de sociedades y culturas del pasado —de altas culturas o de pueblos «primitivos»— utilizando principalmente documentos o inscripciones diversas, forma parte también del campo de la Antropología, lo cual, dicho así, parece confirmar la consideración de ciencia «imperialista» que se ha atribuido por algunos a la Antropología y está, evidentemente, en contradicción con la opinión de José Luis Lorenzo (1976: 23) para quien «las Ciencias Sociales o están presididas por la Historia o no tienen existencia propia». No obstante, si consideramos que la Etnohistoria forma parte del campo de la Antropología, no hay razón objetiva para tratar de manera diferente a la historia, suponiendo que ésta se ocupa de culturas y sociedades europeas o del ámbito occidental, cuando la Antropología Social o Etnología, por ejemplo, también se ocupa de esas sociedades en el tiempo presente.

Lo que me interesa destacar, sin embargo, en esta ocasión, es el hecho de que la arqueología, como la etnohistoria, la etnología o la misma historia puedan o deban tener un cuerpo teórico propio o compartan unas y otras un cuerpo teórico común. Desde mi punto de vista, lo que llamamos nivel teórico o cuerpo teórico antropológico corresponde a aquél nivel de abstracción que se deriva del estudio de las sociedades y culturas humanas, ya sean del pasado como del presente, tanto se las considere desde un punto de vista diacrónico o procesal, como desde un punto de vista sincrónico o estructural-funcional. Es en ese nivel en el que se puede formular una teoría evolucionista, o estructuralista, cognitiva o funcionalista, etc. y, por lo tanto, en la medida en que el planteamiento teórico es nuclear o sustantivo, la o las disciplinas que sean requeridas se pondrán a disposición del planteamiento hipotético inscrito en una determinada teoría que servirá de marco de referencia a la investigación. Sin embargo, en el transcurso de la investigación, desde cualquier disciplina se podrá y deberá remodelar el planteamiento hipotético e incluso la formulación teórica global. Por consiguiente, no se trata de que la arqueología —o la etnología, o la historia— tengan un cuerpo teórico propio e independiente uno de otro, sino de que todas esas disciplinas y el campo teórico antropológico se hallen en constante interacción enriqueciéndose mutuamente.

Lo dicho anteriormente queda más ampliamente explicado en mi último libro sobre la materia (Alcina, 1989), pero era necesario repetirlo aquí, porque en cierto modo se halla en contradicción con algunas afirmaciones de los jóvenes arqueólogos españoles interesados en «romper el aislamiento que existe en la Península entre arqueología y el desarrollo de la teoría antropológica» (Ramos, 1981: 254). Algún autor, como Cerrillo (1988: 35), supone que «frente a los intentos de aproximación

rápida a la Antropología (libros de antropología para arqueólogos: Orme, 1981; Hodder, 1982) se ha preferido entre los arqueólogos europeos la aproximación histórica dentro de una amplia gama de posibilidades que oscilan entre el marxismo y la lectura simbólica de la cultura material», aunque ya a la arqueología no se le considera una ciencia auxiliar de la Historia.

ARQUEOLOGIA TRADICIONAL Y NORMATIVISMO

Una confusión frecuente en el grupo de jóvenes arqueólogos españoles, empeñados en la renovación teórica de la disciplina, es la de considerar como equivalentes, la *Arqueología tradicional*, historicista y particularista y el *Normativismo*. Es cierto, como dice Cerrillo (1988: 32) que los «nuevos arqueólogos» combatieron ferozmente el normativismo, pero no lo es que fuese el «normativismo de la Antropología de F. Boas» o «el normativismo boasiano» (*Ibidem*: 40). Del mismo modo no es correcto decir que en España la tradición normativista mantenida, salvo excepciones, hasta el momento actual, ha primado siempre un empirismo (...) en el que el mundo *material* y el *simbólico* eran accesibles en igual medida» (Ruiz Rodríguez-Chapa-Ruiz Zapatero, 1988: 16). Algo parecido habría que decir de las afirmaciones de Almudena Hernando (1987: 172-73 y 1988: 53) al considerar que el *Normativismo* no valora de manera relevante los aspectos sociales o económicos o al entender que aquél es historicista y particularista.

Si consideramos que la obra *A Study of Archaeology* de Walter W. Taylor (1948) representa la ruptura más crítica y violenta frente al historicismo y particularismo de los arqueólogos a los que cabría calificar de «boasianos» y de los que el más influyente y distinguido fué, sin duda, Alfred V. Kidder (Alcina, 1989: 32), podremos entender, de inmediato, que el «normativismo» que se inicia con aquél libro no puede ni debe ser confundido con la arqueología tradicional representada por Kidder y tantos otros en los Estados Unidos.

La obra de Taylor se continuaría con la de otros muchos, a los que nunca podríamos considerar como «idealistas», pese a que el fundamento principal de la tesis de Taylor resida en considerar la «idea cultural» como la guía del comportamiento y de los resultados del comportamiento sociocultural (Alcina, 1989: 60-61), pero desde luego ni Taylor, ni Willey, o Phillips, Ford, Gifford y tantos otros arqueólogos a los que cabría englobar, con mayor o menor acierto, en ese grupo, podríamos acusarles de no interesarse por cuestiones económicas y sociales (*Ibidem*: 61-72). A ese conjunto de arqueólogos he preferido denominarles funcionalistas, ya que Eoin McWhite o su maestro Gordon Childe, nunca podrían ser calificados de «normativistas» y sin embargo, ni forman parte del grupo historicista y particularista, ni tampoco del de los «nuevos arqueólogos» y su función en arqueología viene a ser equivalente a la de los funcionalistas británicos en Etnología.

EL ENFOQUE EPISTEMOLOGICO EN ARQUEOLOGIA

Desde el comienzo de la introducción de la llamada «nueva arqueología» o «arqueología procesal» en 1962 ó 1968 la utilización de recursos intelectuales que proceden de la Filosofía de la Ciencia es una constante, hasta el punto de que la aparición y desarrollo de ese enfoque teórico constituye, verdaderamente, lo que se ha llamado una «revolución epistemológica» (Courbin, 1982: 14). A partir de esos planteamientos resulta lógica la proposición de Watson (1973: 43 y ss.) y su aceptación por parte de Vicent (1982: 18) en el sentido de considerar que «el ideal sería que (...) el prehistoriador fuese al mismo tiempo un filósofo de la Ciencia, es decir, consciente, críticamente consciente, de la concepción del conocimiento científico que da coherencia a su labor y sus resultados». Ese, naturalmente, sería el caso de Juan Manuel Vicent, pero no el de la mayor parte de los arqueólogos o prehistoriadores españoles. Dados, por otra parte, los resultados negativos de los arqueólogos

metidos a manejar conceptos de la Filosofía de la Ciencia en el caso de los «procesualistas» (Alcina, 1989: 114-19) quizás fuese aconsejable *abstenerse* en este caso.

Las aportaciones de Vicent al debate actual en el campo de la arqueología española han sido, en mi opinión, sustanciales. La división en tres periodos del desarrollo de la Antropología propuesto por Harris (1978: 4 y ss.) ha servido al propio Vicent (1982) para organizar las etapas de los estudios de Prehistoria española en cuatro fundamentales: (1) Positivismo clásico; (2) Anticientifismo; (3) Positivismismo modificado o Reformismo pragmático y (4) Cientifismo o Neopositivismo de la Prehistoria. En realidad el *anticientifismo* es «una postura históricamente residual derivada del primer ciclo de Harris y su peso en la polémica es cada vez menor» (Vicent, 1984: 82). Ese mismo anticientifismo entre los prehistoriadores europeos es, sin embargo, todavía significativo especialmente en la «permanencia de modelos teóricos como el difusionismo y evolucionismo en sus versiones mas clásicas» (Martínez Navarrete, 1989: 19).

Según Vicent (1984: 82) la etapa que él llama del Positivismo modificado o Reformismo pragmático «surge de la praxis disciplinar como una justificación a posteriori de la praxis originada por la Revolución Tecnológica», la cual sólo proporcionará al prehistoriador nuevas categorías de datos y por lo tanto un salto cualitativo y cuantitativo en la información proporcionada. Sin embargo, «junto a estos cambios, sorprendentemente, se sigue manejando —y esto es muy importante— las nociones y categorías tradicionales» (Vicent, 1982: 12); lo que implica la persistencia de la concepción *anticientífica* tanto en Europa, como, especialmente en nuestro país. «En realidad, esta tendencia no es sino una readaptación del Positivismo Clásico a las nuevas condiciones de aplicación» (Vicent, 1982: 31).

La última etapa de la clasificación de Vicent, el *Cientifismo* o *Neopositivismo*, es la representada por la «nueva arqueología» que dominará en los Estados Unidos durante la década de los años setenta, pero que merece una valoración metodológica-normativa meramente orientativa (Vicent, 1984: 84).

La propuesta que realiza Juan Manuel Vicent podría quedar resumida en la cita siguiente:

«...el planteamiento más fecundo parece el que hemos descrito en nuestra exposición: un enfoque comprensivo y flexible en el que se articulen ambos, destinado a la construcción de una Filosofía Especial de la Prehistoria, desde las determinaciones de la Filosofía General de la Ciencia [...]. Sobre esta base sería posible acometer una discusión sólidamente fundamentada [...]; la construcción de una metateoría de la Prehistoria que sea capaz de responder tanto al problema de la descripción como al de la construcción [...]. Ante esta posibilidad aparecen irrelevantes los enfoques restringidos, tecnificados, puntuales y cosificados, incapaces de resolver ningún problema real al estar encerrados en los límites de una metodología de por sí problemática» (Vicent, 1984: 86).

Con independencia de las etapas señaladas por Vicent y de la propuesta final, lo evidente es que, todavía hoy, la discusión en el seno de la arqueología española se desenvuelve entre «quienes hacen depender la cientificidad de la investigación del recurso a leyes, sean nomotético-deductivas, probabilísticas o históricas [y] quienes defienden la ausencia de determinación y regularidad en la conducta humana y, en consecuencia, ponen en cuestión la posibilidad de la comprensión del pasado como un proceso racional e inteligible», lo que en definitiva no es otra cosa que la «dicotomía esencial entre materialismo e idealismo que subyace en parte a los dos *conceptos de Prehistoria*» (Martínez Navarrete, 1989: 7).

MATERIALISMO CULTURAL VS. MATERIALISMO DIALECTICO

Utilizo, a pesar de que no me agrada, la expresión de «materialismo cultural», término populari-

zando por Marvin Harris (1982) para referirme con brevedad a personalidades tan diversas dentro del «materialismo» o *evolucionismo* desarrollado por la Antropología norteamericana, como Service, Sahlins, Steward, Wittfogel, Armillas, Palerm, Wolf y el mismo Harris, a conciencia de que las posiciones de unos y otros difieren, en ocasiones, de manera radical. Frente a ese materialismo de larga duración habría que incluir una serie de grupos de marxistas o marxólogos, tanto europeos como latinoamericanos, entre los que cabe mencionar a Semenov, Klejn, Godelier, Friedman, Spriggs, Lumbreras, Bate, Bartra, Sanoja, Vargas, Veloz, etc. (Alcina, 1989: 88 y ss.). La posición de unos y otros difiere, naturalmente, en algunos aspectos sustanciales, pero en muchos casos las diferencias son mínimas y aun triviales. Ambos grupos, como derivados, en definitiva del pensamiento de Marx-Engels y, por lo tanto, de Morgan, defienden una tesis fundamentalmente evolucionista. En estas páginas veremos el reflejo de esos dos tipos de *materialismo* y la repetición de las lejanas discusiones.

La primera de las diatribas, sin embargo, es en relación con el *difusionismo* como un enfoque dominante en la arqueología tradicional. Sin embargo, como señala Vicent (1984: 81), el difusionismo sigue aún vigente en la arqueología española, junto a un injustificable evolucionismo clásico o decimonónico —*unilineal* diríamos— que viene a ser como un residuo de la etapa Positivista de aquella época. Gilman (1987: 59), un arqueólogo neo-marxista, de tradición y formación antropológica norteamericana, afirma, sin embargo, con claridad que «las tentativas de construir una alternativa al difusionismo tradicional han sido de carácter evolucionista». Ello, sin embargo, no implica que el fenómeno de la difusión, contemplado como aculturación (Alcina, 1978) no deba utilizarse en los planteamientos de la moderna arqueología (Rincón, 1988: 48).

En el repaso dado a la bibliografía española reciente, solamente he podido detectar un autor que defienda explícitamente el «materialismo cultural»: Antonio Ramos Millán (1981), para quien el *Horizonte de los Millares*, correspondería al nivel de los «grandes hombres», lo que anunciaría las «jefaturas argáricas» (*Ibidem*, 249 y 254).

Frente a este único representante del materialismo cultural, la arqueología marxista o neo-marxista tiene, como ya hemos dicho, al menos, dos grupos importantes en Jaén y en Barcelona, además de la presencia de Gilman y colaboradores. En este caso, como en otros muchos, fuera de nuestras fronteras, se reclama como antecedente, a la prestigiosa figura de Vere Gordon Childe, de quien Ruiz Rodríguez (1986: 37) dice que situó «a la Arqueología en el campo de las ciencias humanas, en la Historia en el sentido más fuerte del concepto».

Tanto Gilman y Thornes (1985: 11) como Ruiz Rodríguez (1978) mencionan en sus trabajos el *Modo de Producción Doméstico* de Sahlins, o el *Modo Asiático de Producción*, temas siempre centrales en los planteamientos del materialismo histórico; sin embargo, los primeros, quizás por su adscripción anglosajona, utilizan las aportaciones de Wittfogel, Carneiro, Adams o Service, típicos representantes, como antes he dicho, del materialismo cultural norteamericano (Gilman-Thornes, 1985: 10) aunque no oculten sus críticas al respecto.

De los grupos españoles hay que mencionar en primer lugar al «equipo de Jaén... formado en torno a la labor docente emprendida por A. Ruiz Rodríguez desde los años 70... cuyos objetivos permiten su incardinación a partir de un cierto momento con los de la política arqueológica de la Junta de Andalucía» (Martínez Navarrete, 1989: 89) y cuya obra principal es la *Arqueología en Jaén* (Ruiz Rodríguez *et al.* 1986); a lo que habría que añadir el artículo introductorio y de síntesis de M.^a Encarna Sanahuja (1988).

En lo que se refiere a la aplicación práctica del materialismo histórico a la arqueología de Jaén, otro marxólogo, Gilman (1987: 30) confiesa que «es difícil aceptar la propuesta del grupo de investigación arqueológica del Colegio Universitario de Jaén» (Ruiz Rodríguez *et al.* 1986 y Nocete, 1986) de que a finales del Cobre apareciera en la zona del Alto Guadalquivir una sociedad estatal primitiva [...] una jerarquía tal no puede ser indicio suficiente de una concentración de excedentes que permita apoyar las instituciones de un Estado (administración y establecimiento militar permanente). Además, como estos mismos investigadores reconocen, los pocos datos funerarios disponibles

para esta región tampoco indican una diferenciación social marcada, cuyo mantenimiento requeriría instituciones estatales».

La citada crítica puede ampliarse en el sentido de que, en general, muchas de las opiniones que exponen estos autores son muy ligeras o apresuradas; así, por ejemplo, cuando Nocete (1990: 57) afirma que «la dicotomía Jefatura/Estado no existe, de no ser en el seno de los planteamientos de la Antropología Evolucionista en su interés por mostrar la existencia de una etapa previa al Estado [...] que en última instancia pretende mostrar el presente como único y posible estadio de adaptación del Hombre», afirmación que en ningún momento pasa a demostrar con argumentos, o cuando dice que tanto Service como Sahlins, «al observar en la Jefatura una función y origen esencialmente económico, fracasan al no percibir su naturaleza básicamente política» (Nocete, 1990: 58), cuando no solamente no es así, sino que sus desarrollos constituyen parte importante de la antropología política (Lewellen, 1985: 15-41); incluso, el propio Gilman (1987: 65) incurre en imprecisiones tales como hablar de *obras hidráulicas* sin precisar la distinción que hace Wittfogel (1966) acerca de una *hidroagricultura* en contraste con la *agricultura hidráulica* de los Estados hidráulicos o entre *redistribución* y el *comercio*, funciones económicas radicalmente distintas, aunque puedan coexistir en alguna ocasión.

EL POST-PROCESUALISMO

Es probable que nos hallemos demasiado cerca del inicio del post-procesualismo para poder establecer un juicio claro acerca de las *nuevas arqueologías*, o las nuevas orientaciones de la arqueología. Es evidente que el post-procesualismo no es más que «la expresión más extrema y reciente de una legítima insatisfacción con los ingenuos ejemplos de la nueva arqueología» (Gilman, 1988: 58-59). La ambigüedad parece dominar, por el momento, estas variadas orientaciones arqueológicas, lo que se manifiesta desde el mismo momento en que se «bautizan» estos movimientos de manera tan diversa como: *simbólicos*, *cognitivos*, *estructurales*, *idealistas*, *radicales* y/o *contextuales*; su líder, Ian Hodder parece agrupar con entusiasmo, no solo a sus discípulos de la Universidad de Cambridge, sino a numerosos adeptos de muchos lugares (Ruiz Rodríguez-Chapa-Ruiz Zapatero, 1988: 11) que, guiados probablemente por sentimientos encontrados —cansancio de la vieja/nueva arqueología, entusiasmo por la novedad, ignorancia relativa de los cambios en antropología, de los que la arqueología sigue siendo un reflejo— quieren ver en ese ambiguo nuevo horizonte, el futuro feliz de la arqueología.

El lúcido, aunque oscuro, artículo de Rogelio Rubio (1988), incluido en el número de la *Revista de Occidente* ya citado, incide en el meollo de la cuestión cuando dice que «en ese común esfuerzo, tanto la arqueología como la antropología, un tanto de vuelta de los métodos puramente racionales, se ha abierto a la inseguridad de la pregunta por el sentido que la concepción simbólica de la cultura comporta y que no permite un tratamiento único y restringido, ya que con frecuencia la esencia de los símbolos descansa en la pluralidad de su significado» (Rubio, 1988: 26). Todo ello parece llevarnos de nuevo hacia una etapa en la que el predominio será, sin duda, el «idealismo» y el «particularismo», frente al «materialismo» y «cientifismo» que ha predominado en la etapa anterior. «El punto fundamental de reflexión para la arqueología así como para la antropología, según las entendemos —dice Rubio— es que las *configuraciones materiales* en ambos casos no reflejan únicamente un orden inmutable, tal y como la ciencia pretende sino que están revelando lo que podemos considerar un orden imaginario» (Rubio, 1988: 24).

No es extraño, por otra parte, que estas orientaciones hayan nacido precisamente en Gran Bretaña, en la que la antropología «social» con fundamentos funcionalistas se ha orientado desde hace años por los derroteros del estructuralismo. No es extraño, por eso, que reaparezcan una vez más viejos fantasmas, como el de que la arqueología es «esta ciencia que trata con testigos mudos» o la de que «los materiales con los que trabaja aluden a la singularidad de un orden cultural

determinado» (Rubio, 1988: 25) frente a la búsqueda de lo general por parte de los arqueólogos de antes. En esta línea habría que mencionar, al menos, a dos autores que han intentado romper la tradición materialista de la arqueología en España: Martín de Guzmán y Felipe Criado.

El estructuralismo de Martín de Guzmán (1984 y 1988) se inclina por un enfoque semiótico que no sobrepasa el nivel teórico al que se añade en algún caso ejemplos pertinentes, no carentes de una cierta ingenuidad. En cualquier caso, para Martín de Guzmán, «el discurso objetual, entendido desde sus enunciados sintácticos [...] es factible de ser *traducido*. La transcripción semiótica de los significantes culturales [...] posibilita a su vez la aproximación al *significado cultural*, particularmente en los niveles estructurales del discurso» (Martín, 1984: 47).

En una línea que podría situarse entre el estructuralismo y la antropología cognitiva cabría mencionar los trabajos de Felipe Criado Boado (1986 y 1989) para quien «el análisis debe empezar no desde lo material e infraestructural, sino desde el *pensamiento* y lo *imaginario*» (Criado, 1989: 79).

A las orientaciones mencionadas aún habría que agregar las «arqueologías» formuladas por Ruiz Rodríguez (1988) en forma de contradicciones: arqueología infantil vs. arqueología de la madurez (*Ibidem*: 11); arqueología analfabeta vs. arqueología de la belleza (*Ibidem*: 13); o arqueología manual vs. arqueología intelectual (*Ibidem*: 15).

CONCLUSION Y PERSPECTIVA DE FUTURO

Aunque a lo largo de las páginas anteriores creo haber dejado suficientemente claro y explícito mi pensamiento en relación con los problemas de la teoría arqueológica en España, en éstos últimos párrafos, quisiera insistir en aquello que considero fundamental. Entiendo que la discusión acerca de si la arqueología es antropología o historia, pese a la complejidad que, inevitablemente encierra ese problema, tiene una resolución sencilla, si entendemos que la primera es una ciencia, o mejor, un campo científico, que comprende a la historia mientras que no ocurre lo propio a la inversa. Quiero decir que, tanto la Antropología, como la Historia estudian las sociedades y culturas humanas, pero la Historia se refiere exclusivamente a las sociedades y culturas del pasado, mientras la Antropología comprende el pasado y el presente de las sociedades y culturas humanas. De otra parte, los contenidos teóricos de la Antropología son, si no los únicos, sí considerablemente mayores que los de la Historia, por lo que enriquecerán y orientarán de manera más eficaz, las investigaciones históricas, arqueológicas, etnológicas, etc.

Esas razones no nos llevan a una solución salomónica a la hora de atribuir la adscripción de la arqueología a la antropología o a la historia: por el contrario nos conducen a considerar que únicamente desde la Antropología, logran un sentido que, de otro modo, no tienen no sólo la arqueología, sino la misma historia. Eso quiere decir, en mi opinión, que para los arqueólogos españoles que desean renovar la disciplina en la teoría y en la práctica, lo aconsejable no es tanto hacer una lectura «rápida» de un manual de Antropología «para arqueólogos», sino sencillamente lanzarse a la ávida lectura de los textos fundamentales en la historia de la disciplina siguiendo acaso al guión de una «historia» como el que proporciona Marvin Harris (1978) y, desde luego, a la lectura de monografías etnográficas, etnohistóricas y otras, no importa a qué continente o área se refieran, para comprender más y mejor cual es el género de comportamientos socio-culturales que se está tratando de averiguar a través de los métodos y técnicas que proporciona hoy la moderna arqueología.

A partir de esa «modernización» de los contenidos de la Arqueología española, entiendo que muchas de las dudas, contradicciones y ambigüedades que se aprecian hoy en los trabajos de esta joven generación de arqueólogos españoles se desvanecerán; el que, *a posteriori*, cada quien defienda una estrategia teórica diferente, no creo que sea malo, por el contrario tal confrontación entiendo que puede enriquecer de manera profunda a la disciplina.

A renglón seguido, habrá que pensar en cuál sería la mejor preparación teórica y técnica de los futuros arqueólogos del país. Se me antoja que la situación actual es paradójica: siendo la de arqueólogo, museólogo o conservador algunas de las profesiones con mejores perspectivas de futuro, todavía no hay una «carrera» que garantice su mejor preparación. Es evidente que una carrera de ese tipo aun siendo compleja por los requerimientos de especialidades muy diferentes, tendría una de las mejores acogidas entre los estudiantes y proporcionaría las bases para tener un cuerpo bien adiestrado para emprender la necesaria renovación museística del país.

Aunque no se explicita con mucha claridad en los artículos y libros consultados se entiende que, pese a los avances logrados por esta nueva generación de arqueólogos españoles, la resistencia que se aprecia por parte de los profesionales apegados a un enfoque tradicional de la arqueología, es todavía muy grande. Tengo para mí, sin embargo, que lo peor de esa batalla se ha ganado, aunque todavía no se haya triunfado en toda la línea.

BIBLIOGRAFIA

- ADANEZ PAVÓN, JESÚS (1985): «Determinación del patrón de asentamiento regional: una aproximación cuantitativa al análisis locacional de mapas arqueológicos». *Revista Española de Antropología Americana*, 15: 77-120. Madrid.
- ALCINA FRANCH, JOSÉ (1975a): «La arqueología antropológica en España: situación actual y perspectivas». *Primera Reunión de Antropólogos Españoles* (Jiménez ed.): 47-62. Sevilla.
- (1975b): *En torno a la Antropología Cultural*. Ediciones José Porrúa Turanzas S.A. Madrid.
- (1978): «Difusión como aculturación en arqueología». En: *Perspectivas de la Antropología Española*: 85-112 Akal eds. Madrid.
- (1979): *La Arqueología de Esmeraldas (Ecuador): Introducción general*. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid.
- (1984): «El Folklore como Antropología». En: *Antropología Cultural de Andalucía* (Rodríguez Becerra ed.): 45-60. Sevilla.
- (1988): «La Arqueología clásica frente a la Arqueología americana en el siglo XVI». En: *El Descubrimiento científico de América* (Alcina): 71-91. Barcelona.
- (1989): *Arqueología antropológica*. Akal Universitaria. Madrid.
- ALONSO DEL REAL, CARLOS (1977): *Nueva Sociología de la prehistoria*. Pico Sacro. Santiago de Compostela.
- ANFRUNS, JOSEP; J. A. DUEÑAS y E. LLOBET (eds) (1988): *Corrents teòrics en Arqueologia*. Columna. Barcelona.
- CERRILLO y MARTÍN DE CÁCERES, ENRIQUE (1984): «A más de diez años de la "pérdida de la inocencia"». *Norba. Revista de Historia*, V: 39-46. Cáceres.
- (1988): *La Nueva Arqueología, 20 años después*. Para dialogar con el pasado: 3. Cáceres.
- CLARKE, DAVID L. (1984): *Arqueología analítica*. Segunda edición. Ediciones Bellaterra. S.A. Barcelona.
- CHAPA BRUNET, TERESA (1988): «Perspectivas actuales de la arqueología española». *Revista de Occidente*, 81: 135-142. Madrid.
- COURBIN, PAUL (1982): *Qu'est-ce que l'Archéologie? Essai sur la nature de la recherche archéologique*. Payot. Paris.
- CRiado BOADO, FELIPE (1989): «Megalitos, espacio, pensamiento». *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98. Madrid.
- CRiado BOADO, F. et al. (1986): *La construcción del paisaje: megalitismo y ecología*. Sierra de Barbanza. Arqueología/Investigación. Xunta de Galicia.
- DUNELL, ROBERT C. (1977): *Prehistoria Moderna. Introducción sistemática a la Arqueología Prehistórica*. Ediciones Istmo. Madrid.
- ESTÉVEZ ESCALERA, J. et al. (1984): «Arqueología como arqueología. Propuesta para una terminología operativa». *Primeras jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria. 1981*. 21-31. Madrid.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, MANUEL et al. (1984): *Primeras jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria 1981*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, MANUEL (1988): «Entre la antropología y la historia». *Revista de Occidente*, 81: 5-14. Madrid.
- GILMAN, ANTONIO (1988): «Enfoques teóricos en la arqueología de los ochenta». *Revista de Occidente*. 81: 47-61. Madrid.

- GILMAN, A. y JOHN B. THORNES (1985): *El uso del suelo en la prehistoria del sureste de España*. Fundación Juan March. Serie Universitaria: 227. Madrid.
- GRAN AYMERICH, J. M. J. (1975): «Reflexiones y proposiciones operativas sobre una experiencia epistemológica en Arqueología». *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973): 71-78. Zaragoza.
- (1977): «Teoría y metodología arqueológica. A propósito de una serie de experiencias y de sus perspectivas teóricas». *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria 1975): 43-48. Zaragoza.
- GUINEA, MERCEDES (1975): «El estudio de patrones de asentamiento: su utilización en Esmeraldas (Ecuador)». *Primera Reunión de Antropólogos Españoles* (Jiménez ed.): 63-70. Sevilla.
- HARRIS, MARVIN (1978): *El desarrollo de la teoría antropológica*. Siglo XXI. Madrid.
- (1982): *El materialismo cultural*. Alianza Universidad: 324. Madrid.
- HERNANDO GONZALO, ALMUDENA (1987): «¿Evolución cultural diferencial del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del Sureste español?». *Trabajos de Prehistoria*. 44: 171-200. Madrid.
- (1988): «Los estudios prehistóricos: evolución y perspectivas». *Métodos y tendencias actuales en la investigación geográfica e histórica*: 49-56. Madrid.
- HOLE, FRANK y ROBERT F. HEIZER (1977): *Introducción a la arqueología prehistórica*. Fondo de Cultura Económica. México.
- HODDER, IAN (1982): *The present-past. An introduction to Anthropology for archaeologists*. London.
- LAMING-EMPERAIRE, ANNETE (1984): *La Arqueología prehistórica*. Ediciones Martínez Roca S.A. Barcelona.
- LEWELLEN, TED C.: (1985): *Introducción a la Antropología Política*. Ediciones Bellaterra. Barcelona.
- LORENZO, JOSÉ LUIS (1976): *La arqueología mexicana y los arqueólogos norteamericanos*. INAH. Departamento de Prehistoria. Cuadernos de Trabajo: 14. México.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1984): «Nociones epistemológicas y arqueología prehistórica» *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*. Soria 1981: 35-64. Madrid.
- (1988): «Arqueología y paradigma: tendencias y resistencias». *Revista de Occidente*, 81: 27-46. Madrid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^a ISABEL (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI. Madrid.
- NOCETE CALVO, FRANCISCO (1986): «Una historia agraria: el proceso de consolidación de la economía, de producción (Perspectivas en la investigación de las Edades del Cobre y Bronce en el Alto Guadalquivir)». En: *Arqueología en Jaén* (Ruiz Rodríguez, et al eds.): 91-99. Jaén.
- (1990): «Territorio de coerción: el paradigma de las Jefaturas». En: *Espacio y organización social*: 57-90. Madrid.
- ORME, B. (1981): *Anthropology for Archaeologists*. London.
- RAMOS MILLAN, A. (1981): «Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la península ibérica: la alternativa del materialismo cultural». *Cuadernos de Prehistoria de Granada*. 6: 203-256. Granada.
- RINCÓN MARTÍNEZ, M.^a ANGELES (1988): «Difusionismo en Arqueología». En: *Corrents teòrics en Arqueologia* (Anfruns et al eds): 46-57. Barcelona.
- RIVERA DORADO, MIGUEL (1981): «Opiniones sobre arqueología: su definición y sus relaciones». *Revista de la Universidad Complutense*, 2: 97-100. Madrid.
- ROUSE, IRVING (1973): *Introducción a la Prehistoria*. Ediciones Bellaterra. Barcelona.
- RUBIO HERNÁNDEZ, ROGELIO (1988): «Arqueología y antropología». *Revista de Occidente*, 81: 15-26. Madrid.
- RUIZ RODRÍGUEZ, ARTURO (1978): «Elementos para un análisis de la fase asiática de transición». En: *Primeras sociedades de clase y modo de producción asiático* (Ruiz et al, 1978: 9-39) Akal. Madrid.
- (1988): «De las arqueologías a la arqueología». *Andalucía: diez años de cultura*: 11-17. Junta de Andalucía. Sevilla.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A; T. CHAPA y G. RUIZ ZAPATERO (1988): «La arqueología contextual: una revisión crítica». *Trabajos de Prehistoria*, 45: 11-18. Madrid.
- RUIZ RODRÍGUEZ, et al. (1986): *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*. Diputación Provincial. Jaén.
- RUIZ ZAPATERO, GONZALO (1987): «La recensión de publicaciones arqueológicas: S.O.S.» *Trabajos de Prehistoria*, 44: 313-321. Madrid.
- (1988): «L'Escola paleoeconòmica de Cambridge». En: *Corrents teòrics en Arqueologia* (Anfruns et al eds): 62-81. Barcelona.
- SANAHUJA YLL, M.^a ENCARNACIÓN (1988): «Marxisme i arqueologia». En: *Corrents teòrics en Arqueologia* (Anfruns et al eds.): 103-110. Barcelona.
- TAYLOR, WALTER W. (1948): *A study of archaeology*. American Anthropological Association, nº 69. Menasha Wiss.

- TRIGGER, BRUCE (1978): *Time and traditions. Essays in archaeological interpretations*. Edimburgh University Press. Edimburgh.
- VICENT, JUAN MANUEL (1982): «Las tendencias metodológicas en Prehistoria». *Trabajos de Prehistoria*, 39: 9-53. Madrid.
- (1984): «Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la Prehistoria». *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria 1981*: 71-87. Madrid.
- (1985): «Un concepto de metodología: hacia una definición epistemológica diferencial de Prehistoria y Arqueología». *Actas de las Segundas Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia, Prehistoria y Arqueología*: 55-72. Cáceres.
- WATSON, PATTY JO (1973): «Explanations and models: the prehistorian as philosopher of science and the prehistorian as excavator of the past». En: *The Explanation of Cultural Change: Models in Prehistory*. (Renfrew ed.): 47-52. London.
- WATSON, P. J.; S. A. LEBLANC y CH. L. REDMAN (1974): *El método científico en arqueología*. Alianza Editorial. Madrid.
- WILLEY, GORDON R. y PHILIP PHILLIPS (1958): *Method and theory in American Archaeology*. The University of Chicago Press. Chicago.
- WITTFOGEL, KARL A. (1966): *Despotismo oriental*. Guadarrama. Madrid.